

EL FUEGO DE LA VIDA

Había caminado todo el día sin rumbo fijo. Completamente cansado se sentó en una banca del parque Kennedy en Miraflores. Quería pensar y detener la ola incontenible de premoniciones oscuras que lo abordaban cruelmente desde hacía unos días. Quería dormir y creyó que esa fría banca le brindaría cobijo esa noche. No contó con los seres nocturnos que al poco tiempo lo asaltaron y le arrebataron casi todo lo que tenía. Le dejaron el celular vetusto, que aún funcionaba sólo por azar, y que no le servía de nada en esa su soledad absoluta.

A pesar del terrible momento, no se movió de ese sitio que se convirtió en su “hogar” por varias noches. Pensó que era hora de llevarse consigo lo único que le quedaba, pero antes quería simplemente descansar y no pensar. Estaba ya perdiendo la razón y no se percataba de ello. ¿Así es la locura no?

Finalmente una oscura madrugada llegó al borde del acantilado. Lo contempló con ansiedad, el rumor salvaje de las olas sobre las rocas lo atemorizó. Pero la fascinación por el vacío seguía en él. Era como una luz en el camino. Era lo que andaba buscando y no se había dado cuenta de eso: ¡saltar y volar por una única y última vez! Como un ángel en ascenso y caída. Que esa era su vida ¿ó no?

Aún así, decidió esperar una noche más. Sentir otra vez el frío atroz de la neblina, contemplar a las alimañas de la nocturnidad ejecutando impasibles sus maldades, sufrir como redención su jueves de agonía y, claro, recordar por infinita vez a Ella: su ausencia tan dolorosa, su piel tan acariciadora é insaciable; oh! sabiendo –él- que nunca más estaría ahí, a su costado, a su alcance para penetrarla en las mañanas, en los parques, en las playas, en los buses, con las estrellas... ¡nunca más!

Pasó así su última noche. Soñó, si eso era posible en esa banca desvencijada que era su silla, su cama, su mesa, su patio y su jardín; en las camas, en los colchones que había compartido con Ella. Ella, con quien solía humedecer de pasión y carnalidad los pisos, los vidrios, las puertas y ventanas, los baños y alfombras de esos hoteles serranos que los acogían en sus locos recorridos por los caminos de la sierra central. Siempre jóvenes, siempre en ruta, siempre viviendo sin detenerse...

Pubis mágico que acurrucó esa noche sus sueños. Que lo acompañó, esa nueva madrugada, allí, al borde del acantilado mirafloresino, en su búsqueda de calor, de paz, de no tristeza, de no caminar más ya solo, no, solo ya no... en su ciega entrega a la muerte que sentía era su salvación. Y es que ya no podía más.

Salió casi congelado de las aguas de la mar Pacífico. Su ropa totalmente mojada, chorreando si, de vida. Mojado todo él, llorando de impotencia y... alegría. Y caminó y caminó otra vez, pero esta vez sabiendo a donde iría. Pensando “¡en que chucha estaba pensando!”, y es que sentía ahora que la vida lo quemaba por dentro. Sintiendo su genital alarmantemente erguido cuando pensaba en Ella. ¡Si! La volvería a ver. Como sea. Y la volvería a penetrar con fruición, con violencia, con ardor, con fuego de vida ¡si!

Pensó también en las inmensas cantidades de licor que bebería en las mañanas, en las tardes y, por supuesto, en las noches. Sintió la música, también mágica, de los amigos. Las tocaditas de Del Pueblo, del Rafo, de Daniel, del Montaña, del Chano, y aún esas de Edwin y el Kilo, cantándole a dúo a la ciudad, desde su banco preciso, en las nubes sin tormenta, con pura luz de atardecer: música, música, música celestial en la tierra. Todo parecía nuevo. No le interesaba la gente que lo miraba extrañada. Pensaba sólo en él, vivo. Vida. No, no volvería a quemarse sin antes pelear.

Llegó al jirón Quilca al atardecer, otra vez cansado, pero con un compromiso personal. Eran las seis de la tarde, y pensaba en qué poema leería esa noche en “El Averno”. Sí, en “El Averno”, sonrió al pensarlo con una mueca casi patética. Si pues, estaba otra vez en el camino. Golpe a golpe, verso a verso.

